

Anecdotalario Laboral

Eduardo Arrona.

Alguien escribió alguna vez sobre el trato con documentos empolvados y enfermos que contienen un pedazo de la vida de hombres infames en algún rincón de lo que llaman, biblioteca: <<Ha sido el azar quien ha hecho que la vigilancia de los responsables o de las instituciones, destinadas sin duda a borrar todo desorden, prefiriesen a un sujeto en vez de otro, a ese monje escandaloso, a esa mujer golpeada, a ese borracho inveterado y furioso, a ese comerciante que no ceda de querellarse, en lugar de a tantos otros que a su lado no han producido menos alborotos. Y después ha sido preciso que entre tantos documentos perdidos y dispersados sea éste, en lugar de aquél, quien haya llegado hasta nosotros, quien haya sido reencontrado y leído, de tal suerte que entre esas gentes sin importancia y nosotros, que no tenemos más importancias que ellas, no existe ninguna relación de necesidad (...) Podemos regocijarnos como si se tratara de una venganza por la suerte que permite que estas gentes absolutamente sin gloria surjan en medio de tantos muertos, gesticulen aún, manifiesten permanente su rabia, su aflicción o su invencible empecinamiento en vagar sin cesar, lo que posiblemente compensa la mala suerte que había hecho concentrarse en ellas (...) Su infamia no es sino una modalidad de la universal *fama*>>. Hablamos pues, referente a lo que en tres horas de nuestros días, es el trato con archivos que sepultados en cajas, mapas; libros suspendidos en anaqueles y demás etcéteras anónimas; se intenta revivir, reencarnar o restaurar en un frankenstein de papel moldeado a imagen y semejanza de tantos otros, aunque cada cual sea único, irrepetible. Las experiencias al trabajar en todo ese continente documental son variadísimas, y con lo que respecta a mí, personales. Nunca creí, siendo franco, llegar a ser merecedor de un trabajo como ese, puesto que mis aspiraciones son azarosas. Es decir, nunca llegué a negarme a un trabajo en la biblioteca pública Juan José Arreola, estando dispuesto a todo, - siempre la curiosidad- aunque recuerde con cierto escozor el primer día que me presenté a la biblioteca que fue en

septiembre del 2005. Hombres a los que denominé los batas blanca, indumentaria que ninguna narración futurista -siempre en pos de la ciencia- le podría reclamar nada. Artefactos variados que van desde los de un pintor de brocha gorda hasta maquinaria que cada vez más busca el amainar el deterioro de documentos. Se me hablaba con tecnicismos como: marca de fuego, guardas, fojas y hasta la sospecha del contenido de denominados *incunables* que se guardan en el calabozo inaccesible.

En mis estancias esporádicas en la biblioteca (nunca sobrepasando los 5 meses) siempre he encontrado esa especie de remilgos quejumbrosos entre los que laboran desde hace tiempo o bien, en su primer día de trabajo. Yo lo he hecho. Y creo que el llegar a reincidir una y otra vez a esa biblioteca, es resultado del enigma y la curiosidad que tengo por ciertas sensaciones, experiencias, evocaciones de cualquier tipo que me surgen estando en ese lugar. ¡Viva el valiente trabajo de los historiadores! ¡Salud, por el proyecto de Estabilización y Limpieza de Fondos Especiales y Formación de Recursos Humanos en el Área de Bibliotecas! ¿Alguien se ha preguntado por qué la ausencia del velador en este foro? *La fábula, en el sentido estricto del término, es lo que merece ser dicho.* Yo, celebro.